

# El jardín de una isla

CELIA THAXTER

TRADUCCIÓN DE  
BLANCA GAGO DOMÍNGUEZ



Título original:  
*An island garden*

Primera edición: mayo 2023

First published in 1894 by Houghton & co

© 2023 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2023 de la traducción: Blanca Gago Domínguez

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

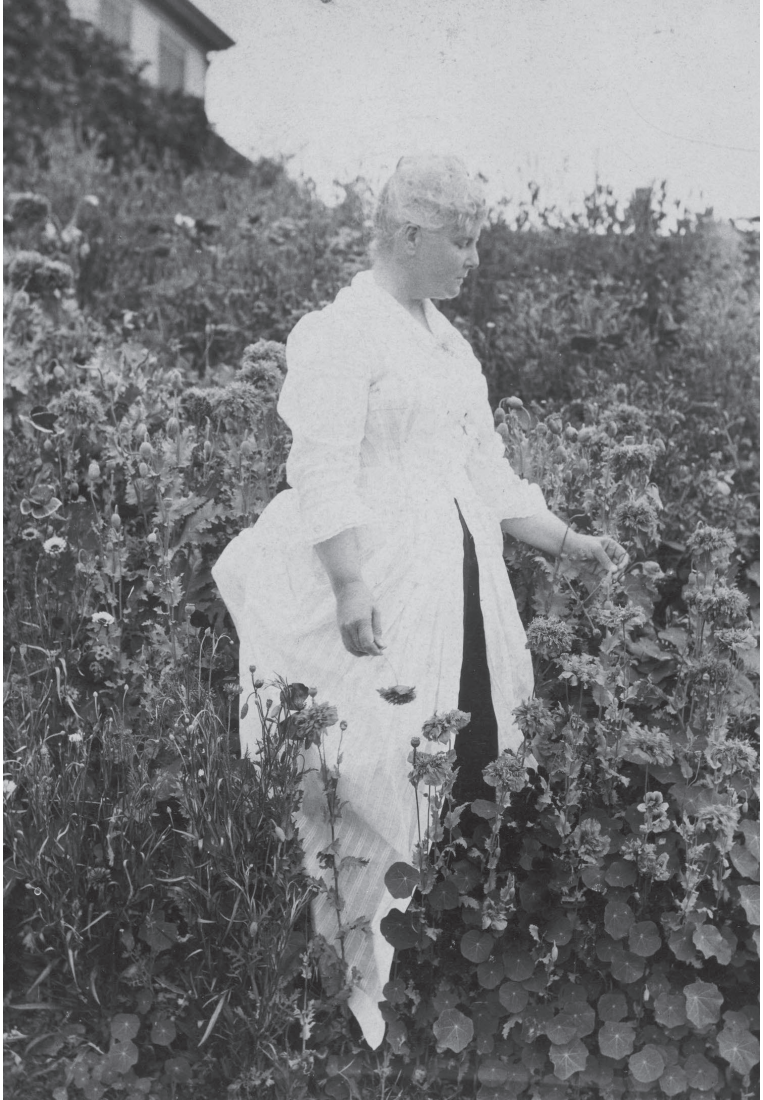
Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-13-9

Impreso en España

Depósito legal: M-8090-2023



*Este libro está dedicado, con todo el afecto,  
a Mary Hemenway, cuya grandeza de corazón  
está presente incluso en la arena de la orilla.*

Es curioso cuán distinta es la reacción de las especies ante los trasplantes. El pensamiento los agradece, y parece que cuantos más, mejor; de hecho, muchas plantas anuales crecen mejor al menos con uno, pero en el caso de las amapolas, este implica la muerte, a menos que empleemos un método tan cuidadoso como el descrito.

Las cajas deben guardarse en un lugar cálido y oscuro, pues solo requieren algo de calor y humedad hasta que las semillas germinen. Entonces, cuando empiezan a asomar las preciosas hojas verdes, ¡qué gran placer es esperar e inclinarse hacia los brotes, que habremos trasladado cerca de alguna ventana soleada y fresca en una habitación sin chimenea, pues ahora el calor se convierte en su peor enemigo, y si no se las protege, ¡se estancan y menguan! Cuando ya han crecido bastante y asoman las segundas hojas, se pone cada una en un pequeño macetero o cáscara de huevo —todas salvo las amapolas y compañía, que ya deben estar en las cáscaras— para que, cuando llegue el buen tiempo, estén listas para salir, recias y fuertes, prestas a una inminente floración.

Esta agradable tarea tiene lugar en el antiguo y pintoresco pueblo de Portsmouth, Nuevo Hampshire, pues en otoño abandono las islas de Shoals y, una vez pasados los fríos meses de invierno, regreso el primero de abril. En invierno, lleno las ventanas más altas de la casa de alhelíos, claveles, dalias, malvarrosas, amapolas y muchas otras plantas de jardín, que atiendo y cuido con la mayor devoción hasta que llega el momento de transportarlas por mar hasta

Appledore. Un pequeño remolcador de vapor llamado Pinafore me lleva a las islas con todas mis pertenencias, y qué hermosa es la vista del pequeño barco cuando parte del viejo muelle marrón y se aleja por el río Piscataqua, con la cubierta ondulando al vaivén de las olas, lleno de flores y hojas verdes, como en una procesión de la fiesta de mayo. Mis plantas de interior, ya en plena floración, también vienen conmigo, y las palmeras y los helechos, junto a muchas otras preciosidades, contribuyen a alegrar la vista del pequeño bote. Todas las cajas de plantones, cuyos brotes ya se adivinan, se transportan en cestitas cuadradas y empaquetadas con sumo cuidado para que no sufran ningún daño, mientras que las plantas recias y jóvenes, con sus fuertes tallos y sus hojas verdes y sanas, resisten valerosamente el viaje, expuestas al sol y el viento durante toda la travesía por entre las olas saladas hacia el mar abierto.

A principios de abril ya pueden plantarse las arvejillas. Desde el primero de abril a la segunda semana de mayo, cuando ya podremos trasplantarlas al jardín, las cajas que contienen los plantones variados deben tratarse con mucho mimo: hay que sacarlas a las terrazas, porches y balcones durante el día y devolverlas al interior al anochecer, protegerlas solícitamente del calor excesivo, los fríos y los aguaceros, pues requieren de cuidados continuos. Pero es una alegría poder darles cuanto necesitan, y un placer presenciar su vigoroso crecimiento. Entretanto, hay que dedicarse al bello quehacer de preparar el terreno del jardín. El mío es tan pequeño que el enorme placer que produce

a lo largo del verano resulta casi increíble. Se extiende por el borde del porche unos quince metros de largo, con una ligera pendiente hacia el sur, por unos cinco de ancho, al sol y a cobijo de los vientos del norte. El porche entero está cubierto de densas enredaderas, lúpulos, madreselvas, clemátides azules y blancas, vides de canela, *Mina lobata*, glicinias, capuchinas, campanillas, lúpulos japoneses y los bellos y pintorescos pepinos salvajes (*Echinocystis lobata*), que en julio casi ahogan a todas las demás plantas y se revisten de un vaporoso velo de flores blancas en racimos sueltos, fragantes pero nunca demasiado dulces, siempre refrescantes y exquisitas. Las enredaderas dan una sombra verde que se agradece mucho, sobre todo porque no hay árboles en mi isla, de modo que la sombra es más que bienvenida en el ancho resplandor de los cielos y el mar.

La primera semana de abril, otras manos me aran la tierra con una pala; a partir de entonces, solo las mías se ocuparán del jardín durante toda la temporada. Día tras día, trabajar en el jardín con la brisa fresca de primavera supone un gran placer, pues la estación en Nueva Inglaterra aún está recién estrenada, vigilante y briosa en sus temperaturas, y apenas se digna a suavizar el humor. Sin embargo, en torno al séptimo día del mes, cuando estoy podando los rosales, oigo un suave y complacido aleteo y... ¡ahí están! ¡Los primeros aviones! Las bellas criaturas, con sus pechos blancos y sus alas de acero azul, me rodean con su cháchara y me riñen, pues consideran que estoy demasiado cerca del pequeño alero marrón del rincón del porche;

me lo hacen saber acercándose hasta donde se atreven y chascando el pico con un sonido grave y gutural que muestra su desagrado. Pero al cabo de unos días, cuando ya han comprobado que no pueden asustarme y que yo no los molesto, llegan a la conclusión de que soy una criatura inofensiva y me dejan tranquila. Entonces toman posesión de su residencia de verano y empiezan a construir su acogedor nido. Así dan comienzo las semanas de trabajo dichoso, de amor, arrullo y suspiros; de cháchara y llamadas en los más puros tonos de alegría y placer; de inclinarse contra el viento con las bruñidas alas; de aleteos, giros, caricias y coqueteos mientras recogen paja, plumas y pedacitos para tejer el nido, y todo se prolonga tras la puesta de los huevos, hasta estar bien asentados para sumirse en el silencio, por comparación al barullo anterior. Entonces, el padre se sienta a meditar feliz al sol en su pequeña chimenea marrón mientras la madre empolla abajo. A veces salen juntos a tomar un poco el aire, o se sientan a conversar entre bellas cadencias en el estrecho espacio, hasta que la madre regresa junto a los huevos, que no se atreve a descuidar por mucho tiempo, no sea que cojan frío. El pequeño y dulce drama se repite por toda la isla, en los tejados soleados, las esquinas y los postes altos, allí donde los nidos se construyen por mayor conveniencia. A lo largo de todo abril y mayo, los observo ocuparse de sus tareas mientras yo me dedico a las mías, y nadie interfiere en los asuntos ajenos. Aunque ellos se limitan a soportarme, ¡yo los adoro! Me siento halagada cuando, a veces, estoy enfrascada



en los macizos y el padre acude a posarse a mi lado, en un tablón de la verja, e inicia su cháchara musical, bien a gusto e imperturbable ante mis suaves movimientos.

Mientras me ocupo en preparar la fuente de tantos placeres y esperanzas, admiro la belleza pura y blanca de las campanillas de invierno, que descubro floreciendo al llegar el primero de abril en el rincón más soleado del jardín, frágiles seres alados con sus delicados surcos verde aguamarina y sus hojas frescas como hierba. Llevan floreciendo desde primeros de marzo, cuando empieza también la flor de azafrán: como si la tierra le hubiera insuflado un soplo de vida, surge en preciosas burbujas doradas y moradas o blancas, ya puras, ya mezcladas con las lilas; y bajo el sol del mediodía, los bellos pétalos estallan mostrando las anteras anaranjadas que llevan dentro. Y la pequeña *Scilla siberica* cuelga sus campanillas azules a merced de la brisa, oh, azules como las profundas aguas del mar bajo el más azul y despejado de los cielos. Un poco más tarde llegan los narcisos amarillos y los junquillos, «tulipanes salpicados de ardiente rocío»,<sup>3</sup> narcisos exquisitos y místicos del poeta, así como las peonías carmesíes. Mi pequeño jardín solo puede acoger una de estas grandes plantas, que florecen muy temprano pero se van muy pronto.

Cada año sin falta, durante la primera semana de mayo, las golondrinas y los zarapitos llegan a las islas de Shoals.

---

<sup>3</sup> Versos del poema «In Memoriam» (1850), de Alfred Lord Tennyson, en *The Collected Poems of Alfred Lord Tennyson*, Hertfordshire, Wordsworth Editions, 1994.